
LIBRO VIII.

SUMARIO.

I. Determinaciones de los Atenienses, cuando supieron la derrota de los suyos en Sicilia, para continuar la guerra contra los Peloponenses. La mayor parte de Grecia y el rey de Persia pactan confederación contra los Atenienses.—II. Los de Chio, de Lesbos y del Helesponto piden á los Lacedemonios que les envíen una armada para resistir á los Atenienses, contra los cuales querian rebelarse. Orden que sobre esto fué dada.—III. Algunos barcos de los Peloponenses son lanzados del puerto de Pirea por los Atenienses. Las ciudades de Chio, Eritrea, Mileto y otras muchas se rebelan contra los Atenienses, pasándose á los Peloponenses. Primera alianza entre el rey Dario y los Lacedemonios.—Los de Chio, después de rebelarse contra los Atenienses, hacen rebelar á Mitilena y á toda la isla de Lesbos. Recóbranla los Atenienses y también otras ciudades rebeladas; vencen á los de Chio en tres batallas, y roban y talan toda su tierra.—V. Cercando los Atenienses la ciudad de Mileto, libran batalla contra los Peloponenses, en la cual cada contendiente alcanza en cierto modo la victoria. Sabiendo los Atenienses que iba socorro á la ciudad, levantan el sitio y se retiran. Los Lacedemonios toman á Lasa. Dentro de ella estaba Amorges, que se había rebelado contra el rey Dario, y lo entregan al lugarteniente de este rey.—VI. Cercada la ciudad de Chio por los Atenienses, Astiaco, general de la Armada de los Peloponenses, no quiere socorrerla. Segundo tratado de confederación y alianza con Tisafernes.—VII. Victoria naval de los Peloponenses contra los Atenienses. Los caudillos de los Peloponenses, después de discutir con Tisafernes algunas cláusulas de su alianza, van á Rodas y la hacen rebelar contra los Atenienses.—VIII. Siendo Alcibiades sospechoso á los Lacedemonios, persuade á

Tisafernes para que rompa la alianza con los Peloponenses y la haga con los Atenienses. Los Atenienses envían embajadores á Tisafernes para ajustarla.—IX. Derrotados los de Chio en una salida que hicieron contra los sitiadores Atenienses, son estrechamente cercados y puestos en grande aprieto. Las gestiones de Alcibiades para pactar alianza entre Tisafernes y los Atenienses no dan resultado. Renuévase la alianza entre Tisafernes y los Lacedemonios.—Gran división entre los Atenienses, lo mismo en Atenas que fuera de ella, y en la armada que estaba en Samos, por el cambio de gobierno de su república, que les causó gran daño y pérdida.—XI. Sospechan de Tisafernes los Peloponenses porque no les daba el socorro que les había prometido, y porque Alcibiades había sido llamado por los Atenienses de la armada, ejerciendo la mayor autoridad entre ellos, que empleaba en bien y provecho de su patria.—XII. Divididos los Atenienses por la mudanza en el gobierno popular de la república, procuran establecer algún acuerdo entre ellos.—XIII. Victoria de los Peloponenses contra los Atenienses cerca de Eretia. El gobierno de los cuatrocientos queda suprimido y apaciguadas las discordias.—XIV. Las armadas de los Atenienses y Peloponenses van al Helesponto y se preparan para combatir.—XV. Victoria de los Atenienses contra los Peloponenses en el mar del Helesponto.

I.

Determinaciones de los Atenienses, cuando supieron la derrota de los suyos en Sicilia, para continuar la guerra contra los Peloponenses. La mayor parte de la Grecia y el rey de Persia pactan confederación contra los Atenienses.

Cuando llegó á Atenas la noticia de aquel fracaso, no hubo casi nadie que lo pudiese creer; ni aun después que los que habían escapado y llegaron allí lo testificaron, porque les parecía imposible que tan gran ejército fuése tan pronto aniquilado. Mas después que la verdad fué sabida, el pueblo comenzó á enojarse en gran manera contra los orádores que le habían persuadido para que se realizase aquella empresa, como si él mismo no lo hubiera deliberado; y también contra los agoreros y adi-

vinos que le habían dado á entender que esta jornada sería venturosa, y que sojuzgarían á toda Sicilia.

Además del pesar y enojo que tenían por esta pérdida, abrigaban gran temor porque se veían privados, así en público como en particular, de una gran parte de buenos combatientes de á pie como de á caballo; y la mayor parte de los mejores hombres y más jóvenes que tenían.

Tampoco poseían más naves en sus atarazanas, ni dinero en su tesoro, ni marineros, ni obreros para hacer nuevos buques, siendo total su desesperación de poder salvarse, porque pensaban que la armada de los enemigos vendría derechamente á abordar al puerto de Pireo, habiendo alcanzado gran victoria, y viendo sus fuerzas dobladas con los amigos y aliados de los Atenienses, muchos de los cuales se habían pasado á los enemigos.

Pór todo esto los Atenienses no esperaban sino que los Peloponenses los acometerían por mar y por tierra. Mas ni por eso opinaron mostrarse de poco corazón ni dejar su empresa, sino antes reunir los más barcos que de todas partes pudiesen; y haciendo esto por todas vías, allegar dinero y madera para construir naves, y además asegurar su amistad con los aliados, especialmente con los Eubeyanos.

Determinaron también suprimir y ahorrar el gasto que en las cosas de mantenimientos había en la ciudad; y crear y elegir un nuevo consejo de los más ancianos con autoridad y encargo de proveer en todas las cosas sobre todos los otros en lo tocante á la guerra, resueltos como estaban á hacer todo cuanto pudiera remediar su situación, como comunmente vemos hacer á un pueblo en alarma, y poner en ejecución lo que estaba determinado y deliberado.

Entretanto acabó aquel verano.

En el invierno siguiente casi todos los Griegos comenzaron á cambiar de opiniones por la gran pérdida que habían sufrido los Atenienses en Sicilia. Los que habían sido neutrales en esta guerra opinaban que no debían perseverar más en aquella neutralidad, sino se-

uir el partido de los Peloponenses, aunque éstos no lo solicitaran, porque consideraban con justo motivo que si los Atenienses llegasen á alcanzar la victoria en Sicilia, hubieran venido contra ellos. Y por otra parte también les parecía que lo restante de la guerra acabaría pronto, y que de esta manera les honraría grandemente ser partícipes de la victoria.

Respecto á los que ya estaban declarados por los Lacedemonios, se ofrecían con más entusiasmo que antes, esperando que la victoria los pondría fuera de todo daño y peligro. Los que eran súbditos de los Atenienses estaban más determinados á rebelarse y hacerles más mal que sus fuerzas permitían; tanta era la ira y mala voluntad que contra ellos tenían. Y también porque ninguna razón bastaba á darles á entender que los Atenienses pudiesen escapar de ser completamente desbaratados y destruídos en el verano siguiente.

Por todas estas cosas la ciudad de Lacedemonia tenía grande esperanza de alcanzar la victoria contra los Atenienses, y especialmente por creer que los Sicilianos, siendo sus aliados, y teniendo tan gran número de barcos, así suyos como de los que habían tomado á los Atenienses, vendrían á la primavera en su ayuda. Alentados de esta manera por las noticias que de todas partes recibían, determinaron prepararse sin tardanza á la guerra, haciéndose cuenta de que si esta vez alcanzaban la victoria, para siempre estarían en seguridad y fuera de todo peligro; que por el contrario, hubiera sido grande para ellos si los Atenienses conquistaran á Sicilia, pues bien claro estaba que de sojuzgarla, se hubieran hecho señores de toda la Grecia.

Siguiendo, pues, esta determinación, Agis, rey de los Lacedemonios, partió aquel mismo invierno de Decelea, y fué por mar por las ciudades de los aliados y confederados para inducirles á que contribuyesen con dinero destinado á hacer barcos nuevos, y pasando por el gran golfo de los Oetas, nombrado Melinea, hizo allí una gran presa por causa de la antigua enemistad que los

Lacedemonios tenian con ellos, presa que Agis convirtió en dinero.

Hecho esto, obligó á los Aqueos, á los Filotes y otros pueblos comarcanos, sujetos á los Tesalianos, á que diesen una buena suma de moneda y cierto número de rehenes mal su grado, porque le eran sospechosos. Los rehenes los envió á Corinto.

Los Lacedemonios ordenaron que entre ellos y sus aliados hicieran cien galeras, y cada uno á prorrata pagase su parte del gasto; ellos veinticinco, los Beocios otras tantas, los Filocenses, Locrenses y Corintios, treinta; y los de Arcadia, Pelenios, Siciones, Megarenenses, Trezenios, Epidauros y Herniones, veinte. En lo demás hacían provisión de todas las otras cosas con intención de comenzar la guerra al empezar el verano.

Por su parte los Atenienses aquel mismo invierno, como lo habían deliberado, pusieron toda diligencia en hacer y proveerse de barcos, y los particulares, que tenían materiales á propósito para ellos, los daban sin dificultad alguna. También fortificaron con muralla su puerto de Sunio para que las naves que les trajesen vítuallas pudiesen ir con seguridad, y abandonaron los parapetos y fuertes que habían hecho en Laconia cuando fueron á Sicilia.

En lo restante procuraron ahorrar gasto en todo lo que les parecía, que sin ello se podían bien pasar. Pero sobre todas las cosas ponían diligencia en evitar que sus súbditos y aliados se rebelaran.

II.

Los de Chío, de Lesbos y del Helesponto piden á los Lacedemonios que les envien una armada para resistir á los Atenienses, contra los cuales querían rebelarse.—Orden que sobre esto fué dada.

Mientras estas cosas se hacían de una parte y de otra, apresurando lo necesario, como si la guerra hubiera de comenzar al momento, los Eubeos antes que todos los otros aliados de los Atenienses, enviaron mensajeros á Agis diciéndole que querían unirse á los Lacedemonios.

Agis los recibió benignamente, y mandó que fuesen ante él dos de los principales hombres de Lacedemonia para enviarlos á Eubea. Estos eran Alcamenes, hijo de Stenelaydas, y Melantes, los cuales fueron, llevando consigo cuatrocientos libertos ó emancipados de esclavitud.

Los Lesbianos, que también deseaban rebelarse, enviaron igualmente á pedir á Agis gente de guarda para ponerla en su ciudad, y Agis, á persuasión de los Beocios, se la otorgó, suspendiendo entretanto la empresa de Eubea, y ordenando á Alcamenes que debía ir allá, fuese á Lesbos con veinte naves; de las cuales Agis abasteció diez y los Beocios otras diez.

Todo esto lo hizo Agis sin decir cosa alguna á los Lacedemonios, porque tenía el poder y autoridad de enviar gente á donde él quisiese, y de reclutarla también, y de cobrar el dinero y emplearlo según juzgase necesario todo el tiempo que estuviese en Decelea, durante cuyo tiempo todos los aliados le obedecían, en parte más que á los Gobernadores de la ciudad de Lacedemonia, porque como tenía la armada á su voluntad, la mandaba ir donde él quería. Por ello se concertó con los Lesbianos, según se ha dicho.

Por su parte, los de Chío y los de Eritrea, que asimismo querían rebelarse contra los Atenienses, hicieron un tratado con los Gobernadores y Consejeros de la ciudad de Lacedemonia sin saberlo Agis; con ellos fué á la misma ciudad Tisafernes, que era Gobernador de la provincia inferior por el rey Darío, hijo de Artajerjes. Andaba Tisafernes solicitando á los Peloponenses para que hiciesen la guerra contra los Atenienses, y les prometía proveerles de dinero, de lo cual él tenía buena suma, á causa de que por mandato del Rey su señor, poco tiempo antes había cobrado un tributo de su provincia, con intención de emplear el dinero del mismo contra los Atenienses, á quienes tenía odio y enemistad porque no permitieron que pagaran el tributo las ciudades griegas de la provincia, y porque sabía que eran los que le habían impedido que la Grecia le fuese tributaria. Parecía á Tisafernes que más fácilmente cobraría el tributo si vieran que le quería emplear contra los Atenienses, y también que de esta manera lograría la amistad entre los Lacedemonios y el rey Darío. Por este camino esperaba además apoderarse de Amorges, hijo bastardo de Pisunes, el cual, siendo por el Rey Gobernador de la tierra de Caria, se había rebelado contra él, y recibió orden Tisafernes de hacer lo posible para cogerle vivo ó muerto. Sobre esto, Tisafernes se había concertado con los de Chío.

En estas circunstancias, Caligeto, hijo de Laofon de Megara, y Timágoras, hijo de Atenagoras de Cizica, ambos desterrados de sus ciudades, fueron á Lacedemonia de parte de Farnabazo, hijo de Farnaces, que los envió de su tierra con objeto de demandar á los Lacedemonios barcos y llevarlos al Helesponto, ofreciéndoles hacer todo lo posible para ganar las ciudades de su provincia, que estaban por los Atenienses, y deseando también por esta vía hacer amistad entre el rey Darío, su señor, y ellos.

Al saberse estas demandas y ofrecimientos de Farnabazo y Tisafernes en Lacedemonia, sin que los que ha-

cian la una supiesen nada de la otra, hubo discordia entre los Lacedemonios, porque unos eran de opinión que primeramente se debían enviar los barcos á Jonia y Chio, y otros opinaban que se enviasen al Helesponto. Finalmente, el maycr número fué de opinión que se debía primero aceptar el partido de Chio y de Tisafernes, en especial por la persuasión de Alcibiades, el cual habitaba á la sazón en la casa de Endio, que aquel año era tribuno del pueblo, y su padre también había habitado allí, por razón de lo cual se llamaba Endio, y también por sobrenombre Alcibiades (1).

Pero antes de que los Lacedemonios enviasen sus barcos á Chio, ordenaron á uno que era vecino de aquella ciudad, nombrado Frinis, que fuese á espiar y ver si tenían tan gran número de naves como daban á entender, y también si su ciudad era tan rica y tan poderosa como decía la fama. Volvió Frinis, y dándole cuenta de que todo era conforme á lo que la fama pública aseguraba, hicieron en seguida alianza y confederación con los Chienos y Eritrienos, y ordenaron enviar cuarenta trirremes para reunirlos con otros sesenta que los Chienos decían tener, de los cuales habían de enviar al principio cuarenta, y después otros diez con Melicrides, su capitán de mar, y en vez de éste eligieron después á Calcideo, porque Melicrides murió. De diez naves que había de llevar Calcideo, no llevó más que cinco.

Mientras esto pasaba se acabó el invierno, que fué el décimonono año de la guerra que Tucídides escribió.

Al comienzo de la primavera los de Chio pidieron á los Lacedemonios que les enviasen los barcos que les habían prometido, porque temían mucho que los Atenienses fuesen avisados de los tratos que tenían con ellos, y de los

(1) El nombre de Alcibiades era Lacedemonio, y así se llamó el padre de Endio. Uno de los abuelos del célebre Alcibiades lo adoptó por amistad con un Lacedemonio que así se llamaba y que era huésped suyo. No están de acuerdo los sabios helenistas acerca del primer Ateniense que tomó este nombre; creen unos que fué abuelo, y otros bisabuelo del célebre Alcibiades.

cuales ninguna cosa habían sabido hasta entonces. Por esta causa enviaron tres ciudadanos á los de Corinto para avisarles que debían pasar por el istmo todos los barcos, así los que Agis había dispuesto para enviar á Lesbos, como los otros de la mar á donde ellos estaban, y encaminarlos á Chío, cuyos barcos eran cuarenta y nueve. Pero porque Calligeto y Timágoras no quisieron ir en aquel viaje, los embajadores de Farnabazo tampoco quisieron dar el dinero que les había enviado para pagar la armada, que montaba á veinticinco talentos (1), deliberando hacer con aquel dinero otra armada y con ella ir á donde tenían determinado.

Cuando Agis supo que los Lacedemonios habían deliberado enviar primero los barcos á Chío, no quiso ir contra su determinación, y los aliados, habiendo celebrado consejo en Corinto, opinaron también que Calcidio fuera primero á Chío, el cual había armado cinco trirremes en Laconia y tres Alcamenes, á quien Agis había escogido por capitán para ir á Lesbos, y finalmente, que Clearco, hijo de Ranfias, fuese al Helesponto. Mas ante todas cosas ordenaron que la mitad de sus buques pasaran con toda diligencia el istmo antes que los Atenienses lo supiesen, temiéndose que éstos diesen sobre ellos y sobre los otros que pasasen después. En la otra mar, los trirremes de los Peloponenses irían descubiertamente sin ningún temor de los Atenienses, porque no veían ni sabían que tuviesen ninguna armada en parte alguna que fuese bastante para combatirles.

(1) Ciento treinta y cinco mil pesetas.

III.

Algunos barcos de los Peloponenses son lanzados del puerto de Pirea por los Atenienses.—Las ciudades de Chio, Eritrea, Miletó y otras muchas se rebelan contra los Atenienses, pasándose á los Peloponenses.—Primera alianza entre el rey Darío y los Lacedemonios.

Conforme á esta determinación, los que lo tenían á cargo transportaron veintiún trirremes por el istmo de Corinto, y aunque hicieron grande instancia á los Corintios para que pasasen con ellos, no lo quisieron hacer porque la fiesta que ellos llaman Istmica se acercaba y querían celebrarla antes de su partida. Agis consintió en que no quebrantaran el juramento que habían hecho de treguas con los Atenienses hasta después de pasada aquella fiesta, ofreciéndoles tomar bajo su responsabilidad y nombre la expedición; mas ellos no quisieron acceder, y entretanto que debatían sobre esto, advertidos los Atenienses de los conciertos que hacían los Chienos con sus contrarios, enviaron uno de sus ministros, llamado Aristócrates, para darles á entender que obraban mal. Porque ellos negaban el hecho, les mandó que enviarasen sus naves á Atenas, según estaban obligados por virtud del tratado de alianza, lo cual no osaron rehusar y mandaron allá siete trirremes. De esto fueron autores algunos que nada sabían del otro tratado, y los que lo sabían temían les sobreviniera daño si lo declaraban al pueblo hasta tanto que tuviesen poder y fuerzas para resistir á los Atenienses si quisieran rebelarse contra ellos, no teniendo ya esperanza en que los Peloponenses fueran á ayudarles puesto que tanto tardaban.

Entretanto, acabaron los juegos y solemnidades de la fiesta Istmica, en la cual se hallaron los Atenienses, porque tenían salvoconducto para ir á ella, y allí, más

claramente, entendieron como los Chienos trataban de rebelarse contra ellos.

Por causa de estas noticias, cuando volvieron á Atenas aparejaron sus trirremes para guardar la mar de los enemigos y que no pudiesen partir de Cencrea sin que ellos lo supiesen.

Después de la fiesta enviaron allá veintiún barco para que se encontrasen con los otros veintiuno que Alcamedes había llevado de los Peloponenses, y cuando estuvieron á la vista, procuraron traer á los contrarios mar adentro, fingiendo que se retiraban, pero los Peloponenses, después de seguirles un poco al alcance, se volvieron atrás, viendo lo cual los Atenienses, también se retiraron, porque no se fiaban nada de los siete buques que llevaban de Chío en compañía de los veintiún trirremes. Mas como después recibieron otra ayuda de treinta y siete trirremes, siguieron á los enemigos hasta un puerto desierto y desechado que está en los extremos y fin de la tierra de los Epidauros, que ellos llaman Pirea, dentro de cuyo puerto se habían refugiado todos los barcos Peloponenses, salvo uno que se perdió en alta mar.

En este puerto fueron los Atenienses á darles caza por mar, y también pusieron en tierra una parte de sus gentes, de manera que les hicieron gran daño, les destrozaron bastantes trirremes y mataron muchos tripulantes; entre ellos á Alcamedes. También ellos sufrieron algunas pérdidas.

Los Atenienses se retiraron, y por dejar cercados á los enemigos, dejaron el número de gente que les pareció en una isla pequeña cerca de allí, donde acamparon y enviaron á toda prisa un barco mercante á los Atenienses para que les enviaras socorro.

Al día siguiente acudieron en ayuda de los Peloponenses los barcos de los Corintios, y tras ellos los de los otros aliados y confederados, los cuales, viendo que les sería muy difícil defenderse en aquel desierto lugar, estaban en gran confusión, y trataron primero de quemar sus naves, más después resolvieron sacarlas á tierra y

que desembarcaran sus gentes para guardarlas hasta que viesen oportunidad de salvarlas. Advertido de esto Agis, les envió un ciudadano de Esparta llamado Termón.

Los Lacedemonios sabían ya la partida de los buques del estrecho, porque los Tribunos del pueblo ordenaron á Alcamedes que les avisase cuando partiera; por esto enviaron con toda diligencia otros cinco trirremes con el capitán Calcideo que acompañaba á Alcibiades. Pero al saber después que su gente y sus barcos habían huído, se asustaron y perdieron ánimo, porque la primera empresa de guerra que intentaban en el mar de Jonia tuviera tan mala fortuna. Determinaron, pues, no enviar de su tierra más armada, y mandar retirarse la que primero habían enviado.

Alcibiades persuadió otra vez á Endio para que no abandonasen los Lacedemonios la empresa de enviar aquella armada á Chío, porque podría arribar allí antes que los griegos fuesen avisados del mal éxito de los otros barcos, y asegurando que si él mismo iba á Jonia, lograría fácilmente hacer rebelar y amotinar las ciudades que tenían el partido de los Atenienses, dándoles á entender la flaqueza y abatimiento de éstos y el poder y fuerzas de los Lacedemonios en lo que habían emprendido. Y á la verdad, Alcibiades tenía gran crédito con ellos.

Además de esto, Alcibiades daba á entender, á Endio particularmente, que sería glorioso para ellos y honroso para él, ser causa de que la tierra de Jonia se rebelase contra los Atenienses y en favor de los Lacedemonios, y que por esta razón llegaría Endio á ser igual á Agis, Rey de los Lacedemonios, porque habría hecho esto sin ayuda ni consejo de Agis, al cual Endio era contrario. Y de tal manera persuadió Alcibiades á Endio y á los otros tribunos, que le dieron el mando de cinco trirremes, juntamente con el lacedemonio Calcideo, para ir á aquella parte de Chío, cosa que en breve tiempo hicieron.

Aconteció que al mismo tiempo, volviendo Gilippo después de la victoria de Sicilia á Grecia con diez y seis

trirremes peloponenses, encontró cerca de Leucadia veintisiete de los Atenienses, de los cuales era capitán Hippocles, hijo de Melippo, que allí había sido enviado para encontrar y destrozar los navíos que venían de Sicilia, el cual les infundió gran temor y miedo. Más al fin se le escaparon todos, salvo uno, y fueron á salir á Corinto.

Entretanto Calcideo y Alcibiades, siguiendo su empresa, tomaban todos los buques que encontraban de cualquier clase que fueran para que de su viaje no dieran aviso, y después los dejaban ir, antes de llegar al lugar de Corcira, que está en tierra firme. Y habiendo comunicado con algunos de los de Chío que estaban en la conspiración les avisaron que no hablasen á persona alguna, lo cual hicieron, y secretamente arribaron á la ciudad de Chío, antes que ninguno lo supiese.

Muy maravillados y asustados los ciudadanos por aquella llegada, fueron por algunos persuadidos de que se reuniesen en consejo en la ciudad para dar audiencia á los que allí habían arribado, y oír lo que les querían decir. Así lo hicieron, y Calcideo y Alcibiades les declararon que tras ellos iba gran número de naves peloponenses, sin hacerles mención de las que estaban cercadas en Pirea.

Sabido esto por los de Chío, hicieron alianza con los Lacedemonios, y apartáronse de la de los Atenienses, y lo mismo aconsejaron hacer después de esto á los Eritrienos, y también á los Clazomenios, los cuales, todos sin dilación, pasaron á tierra firme y fundaron allí una pequeña villa para que, si iban á atacarles en la isla, tener algún lugar para retirarse.

En efecto, todos los que se habían rebelado procuraban fortificar sus murallas y abastecerse de todas las cosas para resistir á los Atenienses si iban á acometerles.

Cuando los Atenienses supieron la rebelión de los de Chío, tuvieron gran temor de que los otros confederados, viendo aquella tan grande y poderosa ciudad rebelada,

no hiciesen lo mismo. Por esta causa, no obstante haber depositado mil talentos para los cien trirremes de que arriba hablamos, y hecho un decreto para que ninguno pudiese hablar ni proponer bajo graves penas cosa alguna para que á ellos se tocase en todo el tiempo que durase la guerra, por el temor que les inspiró aquel suceso, revocaron su decreto y mandaron que se tomase gran suma de aquel dinero, con la cual aparejaron gran número de barcos, y de los que estaban en Pirea mandaron partir ocho al mando de Strombiquides, hijo de Diotimo, para seguir á los que Calcideo y Alcibiades llevaban, y no los pudieron alcanzar porque estaban ya de vuelta.

Pasado esto enviaron para aquel mismo efecto otros doce buques al mando de Trasides, los cuales también se habían apartado de los que estaban en Pirea, porque cuando supieron la rebelión de los de Chío se apoderaron de los siete barcos que tenían suyos en Pirea, y á los esclavos que estaban en ellos les dieron libertad, y los ciudadanos que los tripulaban quedaron prisioneros. En lugar de los que habían desamparado el cerco fueron enviados otros, abastecidos de todo lo necesario, y tenían acordado armar otros treinta buques además de éstos. En lo cual pusieron gran diligencia, por que les parecía que ninguna cosa era bastante para recobrar á Chío.

Strombiquides con los ocho barcos se fué á Samos, donde tomando otro que allí halló, se dirigió á Teos, y rogó á los ciudadanos que fuesen constantes y firmes, y no hiciesen novedad alguna. Pero á este mismo lugar acudió Calcideo, yendo de Chío con veinte y tres naves y gran número de gente de á pie que traía, así de Eritrea como de Clazomenia. Al saberlo Strombiquides partió de Teos, y habiendo entrado en alta mar, al ver tan gran número de trirremes se retiró á Samos, donde se salvó, aunque los otros le dieron caza.

Viendo esto los Teyenos, aunque al comienzo rehusaron tener guarnición en su ciudad, la recibieron después que Strombiquides huyó, y pusieron gentes de á pie de

guarnición Eritrienos y Clazomenios, los cuales, habiendo sabido algunos días antes la vuelta de Calcideo que había seguido á Strombiquides, y viendo que éste no volvía, derribaron los muros de la villa que los Atenienses habían hecho por la parte de tierra firme, destruyéndolo con ayuda y á persuasión de algunos bárbaros que, durante esto, allí fueron al mando de Stages, lugarteniente de Tisafernes.

En este tiempo Calcideo y Alcibiades, habiendo dado caza á Strombiquides hasta el puerto de Samos, regresaron á Chío, y allí dejaron sus marineros y guarnición, á los cuales armaron como soldados, y pusieron en lugar de ellos dentro de las naves gentes de aquella tierra. También armaron otros veinte buques y se fueron á Mileto, pensando hacer rebelar la ciudad, porque Alcibiades, que tenía grande amistad con muchos de los principales ciudadanos de ella, quería hacer esto antes que los barcos de los Peloponenses que allá se enviaban para este efecto llegasen, y ganar esta honra tanto para sí como para Calcideo, y los de Chío que en su compañía iban; y aun también para Endio que había sido el autor de su viaje. Deseaba, pues, que por su causa se rebelasen y amotinasen muchas ciudades del partido de los Atenienses.

Navegando muy de prisa y lo más secretamente que pudieron, arribaron á Mileto poco antes que Strombiquides y Trasicleas, que allí habían sido enviados por los Atenienses con doce trirremes, y apresuradamente hicieron que la ciudad siguiese su partido.

Poco después arribaron diez y nueve buques de los Atenienses que seguían tras aquéllos, los cuales, no siendo recibidos por los Miletanos, se retiraron á una isla allí cercana, llamada Lada.

Después de la rebelión de Mileto fué hecha por Tisafernes y Calcideo la primera alianza entre el rey Darío y los Lacedemonios y sus aliados en esta forma:

Que las ciudades, tierras, reinos y señoríos que los Atenienses tenían se tomasen para el Rey y para los La-

cedemonios juntamente, cuidando que ninguna cosa de ellas quedara en provecho de los Atenienses.

Que el Rey y los Lacedemonios con sus aliados hiciesen la guerra comunmente contra los Atenienses, y que el uno no pudiese hacer la paz con ellos sin el otro.

Y que si algunos de los súbditos del Rey se rebelasen, los Lacedemonios y sus aliados los tuviesen por enemigos, y de igual modo si los súbditos de los Lacedemonios ó sus aliados se rebelasen y amotinasen, los tuviese el Rey por enemigos.

Y esta fué la forma de la alianza entre ellos.

IV.

Los de Chio, después de rebelarse contra los Atenienses, hacen rebelar á Mitilena y á toda la isla de Lesbos.—Recóbranla los Atenienses y también otras ciudades rebeladas.—Vencen á los de Chio en tres batallas, y roban y talan toda su tierra.

Los de Chio armaron otros diez navíos, con los cuales se pusieron en camino para ir á la ciudad de Anea; así para saber lo que había hecho la ciudad de Mileto, como para inducir á las otras ciudades que eran del partido de los Atenienses á que lo dejasesen. Pero siendo advertidos por Calcideo de que Amorges iba contra su ciudad con gran ejército por tierra, regresaron hasta el templo de Júpiter, desde el cual vieron ir diez y seis trirremes atenienses que Diomedón llevaba; quien había sido enviado de Atenas después que Trasides, y conociendo que eran buques atenienses, una parte de los Chienos se fueron á Efeso y los otros á Teos.

De estos diez buques los Atenienses tomaron cuatro, pero después que los que estaban dentro habían saltado en tierra, los otros se salvaron en el puerto de Teos.

Los Atenienses fueron á Samos, mas no por eso los de Chio, habiendo reunido los otros barcos que escapa-

ron, y también cierto número de gente de á pie, dejaron de inducir á la ciudad de Lesbos á que dejase el partido de los Atenienses, y después á la de Ero. Hecho esto se retiraron con sus naves y gente de á pie á sus casas.

Los diez y seis trirremes de los Peloponenses que estaban cercados por otros tantos Atenienses en Pirea, salieron súbitamente sobre éstos y los desbarataron y vencieron, de tal manera, que capturaron cuatro de ellos.

Después se fueron al puerto de Cencrea, á donde provveyeron sus barcos para desde allí ir á Chío y á Jonia, á las órdenes de Astioco, que los Lacedemonios les enviaron; al cual habían dado el mando de toda la armada.

Cuando la gente de á pie que estaban en Teos partió, llegó Tisafernes, y haciendo derribar lo que quedaba de los muros de los Atenienses, se fué.

Poco después llegó allí Diomedón con veinte trirremes atenienses, é hizo tanto con los de la ciudad que se avinieron á recibirle, mas ningún día se detuvo allí, yendo á Era con propósito de tomarla por fuerza, lo que no pudo hacer, y por esto se volvió.

Entretanto el pueblo y la comunidad de Samos se puso en armas contra los principales, teniendo consigo en ayuda á los Atenienses que habían ido á tomar puerto con tres barcos: mataron doscientos de los más principales, y á otros doscientos los desterraron, confiscando los bienes, así de los muertos como de los desterrados, los cuales repartieron entre sí. Con consentimiento de los Atenienses, después que les prometieron perseverar en su amistad, se pusieron en libertad, y ellos mismos se gobernaban sin dar á los desterrados, cuyos bienes tenían, cosa alguna para su alimento, antes y expresamente prohibieron que ninguno pudiese tomar ninguna tierra ni casa de ellos en arrendamiento, ni tampoco dársela.

Mientras esto pasaba, los de Chío, que habían determinado declararse contra los Atenienses, por cuantos medios podían, no cesaban con todas sus fuerzas, sin

ayuda de los Peloponenses, de solicitar y tener negociaciones con las otras ciudades del partido de los Atenienses para apartarlas de él. Lo cual hacían por muchas causas, y la principal para atraer más gente á participar del mismo peligro en que ellos estaban. Con este propósito armaron trece naves, con las cuales fueron contra Lesbos, siguiendo la orden que los Lacedemonios habían dado, conforme á la cual se había dicho que la segunda navegación y guerra naval se haría en Lesbos, y la tercera en el Helesponto; pero la gente de á pie que allí había ido, así Peloponenses como otros á ellos cercanos, fueron á Clazomenia y á Cumes, capitaneándola el espartano Evalas: Diniadas tenía el mando de los buques. Y con esta armada fueron los de Chio primeramente á Mitimne y la hicieron rebelar. Y dejando allí cuatro buques se dirigieron á Mitilena con los otros que les quedaban, consiguiendo también que se rebelara.

Astioco, jefe de la flota de los Lacedemonios, partió á Cencrea con tres buques, vino á Chio y estuvo allí tres días, donde supo que habían arribado á Lesbos Leontes y Diomedón con veinticinco barcos atenienses.

Sabido de cierto, partió aquel mismo día por la tarde con un solo barco de Chio para ir hacia aquella parte, y ver si podría dar algún socorro á los Mitilenos, y aquella noche fué á Pirra, y al día siguiente á Eresa, donde supo que los Atenienses en el primer combate habían tomado la ciudad de Mitilena de esta manera:

De pronto, y antes de que pudieran apercibirse, llegaron al puerto, donde capturaron los barcos de los de Chio que allí hallaron. Seguidamente saltaron á tierra, batiendo á los de la villa que acudieron en su defensa, y tomándola por fuerza.

Sabida, pues, esta nueva por Astioco, desistió de ir á Mitilena, y con los barcos de los Eresiones y tres de los de Chio, de los que habían sido capturados por los Atenienses en Mitimne con Eubolo su capitán, y después en la toma de Mitilena lograron escaparse, partió á Eresa. Después que hubo puesto buena guarnición en

ella, envió por tierra á Antisa, la gente de guerra que había dentro de sus barcos, al mando de Eteonico, y él con sus naves y tres de las de Chío, se dirigió por el mismo rumbo con esperanza de que los Mitilenos, viendo su armada, cobrarían ánimo para perseverar en su rebelión contra los Atenienses. Pero viendo que todos sus propósitos resultaban al revés en la isla de Lesbos, volvió á embarcar la gente que había echado á tierra, y regresó á Chío, donde repartió la gente que tenía así de la mar como de tierra, alojándolos en las villas y lugares hasta que fueran al Helesponto.

Poco después llegaron allí seis barcos de los aliados de los Peloponenses, de los que estaban en Cencrea.

Por su parte los Atenienses, habiendo ordenado las cosas de Lesbos, fueron á la nueva ciudad que los Clazomenios habían edificado en tierra firme, y la batieron y arrasaron del todo; y los ciudadanos que se hallaban dentro volvieron á la antigua ciudad en la isla, excepto los que habían sido autores de la rebelión, que huyeron á Dafnonte. Por este hecho de armas volvió Clazoménia otra vez á la obediencia de los Atenienses.

En este mismo verano los veinte trirremes atenienses que se habían quedado en la isla de Lado, cerca de Mileto, echando sus tripulantes á tierra, acometieron á la villa de Panorma, que está en el término de los Milesios, y en el combate fué muerto Calcideo, capitán de los Lacedemonios, el cual había acudido con pocas tropas para socorrer la villa.

Hecho esto se fueron, y al tercer día hicieron un fuerte que los Milesios derribaron después, diciendo que no debían hacer ninguna fortificación en lugar que ellos no hubiesen tomado por fuerza.

Por su parte Leontes y Diomedón, con los buques que tenían en Lesbos, partieron de allí, y fueron á las islas más cercanas á Chío; haciéndoles de allí guerra á los de Chío por mar y por tierra con las tropas de á pie bien armadas que habían hecho organizar á los de Lesbos, según el concierto que con ellos hicieron.

De esta manera recuperaron la ciudades de Cardamilo y de Bolisa y las otras cercanas á la tierra de Chío, obligándolas á volver á su obediencia, mayormente después que derrotaron y vencieron á los de Chío en tres batallas que contra ellos libraron ; la primera delante de la ciudad de Bolisa ; la segunda delante de Fanes, y la tercera delante de Leucónica. Despues de esta última no osaron salir más de su ciudad.

Por esta causa los Atenienses quedaron dueños del campo, y destruyeron y robaron toda aquella rica tierra que no había padecido ningún daño de guerra después de la de los Medos.

Eran sus habitantes los más venturosos de cuantos yo haya conocido, y conforme su ciudad crecía y se aumentaba en riquezas, trabajaban para hacer en todo las cosas más magníficas y resplandecientes. Jamás pretendieron rebelarse contra los Atenienses, hasta que vieron que otras muchas ciudades poderosas y notables se habían metido en el mismo peligro, y que los negocios de los Atenienses iban tan de caída después de la perdida que sufrieron en Sicilia, que ellos mismos tenían su Estado casi por perdido.

Si en esto incurrieron en error los de Chío, como suele ocurrir en las cosas humanas, lo mismo sucedió á otras muchas personas poderosas y sabias, las cuales tenían por cierto que el Estado é Imperio de los Atenienses en breve tiempo desaparecería.

Viéndose, pues, los de Chío apremiados por mar y tierra hubo algunos en la ciudad que trataron de entregarla á los Atenienses. Advertidos de ello los principales habitantes, ninguna demostración quisieron hacer, llamando á Astioco que estaba en Eritrea, para que fuese con cuatro barcos que tenía, consultando con él la manera más suave de apaciguar los ánimos, tomando rehenes, ó por otro medio que mejor le pareciese.

De esta manera estaban los negocios de Chío.

V.

Cercando los Atenienses la ciudad de Mileto, libran batalla contra los Peloponenses, en la cual cada contendiente alcanza en cierto modo la victoria.—Sabiendo los Atenienses que iba socorro á la ciudad, levantan el cerco y se retiran.—Los Lace-demonios toman á Lasa. Dentro de ella estaba Amorges, que se había rebelado contra el rey Dario, y lo entregan al lugarteniente de este Rey.

Casi al fin de este mismo verano, mil quinientos hombres bien armados, Atenienses, y mil Argivos, la mitad bien armados y la mitad á la ligera, y otros tantos de sus amigos y aliados, juntamente con cuarenta y ocho naves, aunque había entre ellas algunas barcas para llevar gente, siendo capitanes Frinico, Onomacles y Scironidas, partieron de Atenas y pasaron por Samos, y de allí fueron á poner su campamento junto á Mileto.

Contra ellos salieron ochocientos hombres de la ciudad, bien armados; también los que Calcideo había traído, y cierto número de soldados que Tisafernes tenía, que por acaso se halló en este negocio. Acudieron á la batalla, en la cual los Argivos, situados en la extrema derecha, estaban más esparcidos y desviados de lo que era menester, como si quisieran cercar á los enemigos, no mirando que los Jonios se encontraban á punto para esperar su ímpetu, y por ello fueron derrotados y puestos en huída, muriendo unos trescientos.

Los Atenienses, que formaban la otra ala, habiendo rechazado al empezar la batalla á los Peloponenses y Bárbaros, juntamente con lá otra gente del campo, no combatieron contra los Milesios, los cuales, después de dispersar á los Argivos, se habían retirado á la ciudad, y como hubiesen ganado la victoria, habían puesto sus tropas junto á los muros, antes de ver que la otra ala de su ejército estaba vencida. En esta batalla, pues, los

Jonios de entrabbas alas alcanzaron la victoria contra los Dorios; es á saber: los Atenienses contra los Peloponenses, y los Milesios contra los Argivos.

Después de la batalla, los Atenienses levantaron trofeo de victoria y determinaron cercar de muros la ciudad por el lado de tierra, porque la mayor parte hacia la mar estaba cercada, teniendo por cierto que si tomaban aquella ciudad, las otras fácilmente vendrian á su obediencia.

Pero aquel mismo día por la tarde tuvieron noticia de que iban contra ellos cincuenta y cinco barcos, así de Sicilia como de los Peloponenses, que llegaron muy pronto. Y así era la verdad; porque los Siracusanos, á persuasión de Hermócrates, por quebrantar del todo las fuerzas de los Atenienses, habían determinado enviar socorro á los Peloponenses, y les mandaron veinte barcos de los suyos y dos de los Selinontes, los cuales se habían reunido con los de los Peloponenses, que eran veintitres. Fué encargado el lacedemonio Teramenes de llevarlos todos á Astioco, almirante y capitán general de toda la armada, y priméramente vinieron á tomar puerto á Elea, que es una isla situada frente á Mileto.

Creyendo que los Atenienses estaban sobre la ciudad de Mileto, fueron al golfo Yasico para saber más pronto lo que se hacía en Mileto, y estando allí supieron la batalla librada junto á Mileto por Alcibiades, que se halló en ella, de parte de los Milesios y de Tisafernes, el cual les dió á entender que si no querían dejar perder toda la Jonia y lo más que quedaba, era necesario que acudiesen á socorrer la ciudad de Mileto antes que fuese cercada de muros, y que sería gran daño esperar á que fortificaran el cerco.

Por estas razones determinaron partir al otro día por la mañana para ir á socorrer la ciudad. Mas sabiendo Frinico la llegada de esta armada, aunque sus amigos y compañeros querían esperar para combatir, respondió que nunca consentiría ni permitiría á otros, si pudiese, que aquello se hiciese, diciéndoles y persuadiéndoles que

antes del combate era necesario saber primero qué cantidad de barcos tenían los enemigos, y cuántos eran menester para combatirlos. Además, era necesario espacio y tiempo para ponerse en orden de batalla, según convenía; añadiendo, que nunca se tuvo por vergüenza ni por cobardía no quererse aventurar ni exponer á peligro cuando no es menester, por lo cual no era vergonzoso para los Atenienses retirarse con su armada por algún tiempo. Antes sería mayor vergüenza que aconteciese ser vencidos de cualquier manera que fuese, y además de la vergüenza, la ciudad de Atenas y su estado quedarían en gran peligro. Considerando las grandes pérdidas que habían sufrido en poco tiempo, dijo que no se debía aventurar todo en una batalla, aunque estuviese segura la victoria y dispuestas todas las cosas necesarias para alcanzarla. Con mayor motivo no estándolo, ni siendo la batalla necesaria. Por todo lo cual, su opinión y parecer era embarcar en sus naves toda la gente, y juntamente con ella las municiones, bagajes y bastinientos, solamente lo que habían llevado, y dejar lo que habían ganado á los enemigos, por no cargar demasiado sus barcos. Hecho esto, retirarse con la mayor diligencia que pudiesen á Samos, y allí, después de haber reunido sus buques, ir á buscar á los enemigos y acometerles con ventaja.

Este parecer fué por todos aprobado, así en esto como en otras muchas cosas que después fueron encargadas á Frinico, siendo siempre elogiado como hombre prudente y sabio.

De esta manera los Atenienses, sin acabar su empresa, partieron de Mileto, á la hora de vísperas, y llegados á Samos, los Argivos que con ellos estaban, de pesar porque habían sido vencidos, volvieron á sus casas.

Los Peloponenses, siguiendo su determinación, partieron á la mañana siguiente, para ir á buscar los Atenienses á Mileto, y cuando llegaron supieron la partida de los enemigos. Permanecieron allí un día, tomaron las naves de los Chios que Calcideo había llevado, y deli-

beraron sobre volver á Tichiusa para cargar de nuevo su bagaje, que habían dejado allí cuando partieron.

Cuando llegaron encontraron á Tisafernes y sus gentes de á pie, quien les aconsejó que fuesen á Yasos, donde estaba Amorges, hijo del bastardo Pisiontes y enemigo y rebelde del rey Darío.

Satisfizo á los Peloponenses el consejo, y se dirigieron á Yasos con tan grande diligencia, que Amorges no supo su llegada; antes cuando los vió venir derechos al puerto pensó que fuesen barcos de Atenas, por cuyo error tomaron el puerto.

Cuando vieron que eran Peloponenses, los que en la villa estaban comenzaron á defenderse valientemente; mas no pudieron resistir al poder de los enemigos, especialmente de los Siracusanos, que fueron los que mejor lo hicieron en este día.

En esta villa fué preso Amorges por los Peloponenses, los cuales le entregaron á Tisafernes, para que, si quería, le enviase al Rey, su señor.

El saco de la villa fué dado á los soldados, los cuales hallaron muchos bienes, y especialmente plata, porque había estado largo tiempo en paz y en prosperidad.

Los soldados que Amorges tenía allí, los recibieron los Peloponenses á sueldo, y los repartieron en sus compañías, porque había muchos del Peloponeso; y las otras gentes que hallaron en la villa, como también la misma villa, las entregaron los Lacedemonios á Tisafernes, pagando cada prisionero cien stareros dáricos (1).

Hecho esto, volvieron á Mileto, y desde allí enviaron á Pedareto, hijo de León, que los Lacedemonios habían mandado de gobernador á Chio, á Eritrea por tierra, con los soldados que de Amorges habían adquirido.

En Mileto dejaron por capitán á Filippo, y en esto se pasó el verano.

(1) El starero griego pesaba cuatro dracmas, y equivalía á tres pesetas y sesenta céntimos de nuestra moneda; pero no se conoce bien el valor del starero dárico.

VI.

Cercada la ciudad de Chío por los Atenienses, Astioco, general de la armada de los Peloponenses, no quiere socorrerla.—Segundo tratado de confederación y alianza con Tisafernes.

Al comienzo del invierno, Tisafernes, después de abastecer muy bien la villa de Lasa, fué á Mileto, y pagó á los soldados que estaban en las naves, según había prometido á los Lacedemonios, dando á cada soldado á razón de una dracma ática (1) por paga, y declaró allí que, hasta saber la voluntad del rey, no daría en adelante más de tres óbolos (2).

Hermócrates, capitán de los Siracusanos, no quiso contentarse con esta paga, aunque Teramenes, como no era capitán de aquella armada, y solamente tenía encargo de llevarla á Astioco, no hizo mucha instancia en esto. Y, en efecto, á ruego de Hermócrates se concertó con Tisafernes que la paga en adelante fuese mayor de tres óbolos en toda la armada, excepto en cinco barcos, conviniéndose que de cincuenta y cinco naves que había, cincuenta cobraran paga entera, y los cinco á razón de tres óvolos.

En este invierno, á los Atenienses que estaban en Samos, les llegó una nueva armada de treinta y cinco buques al mando de Carminio, Strombiquides y Euctemón. Y habiendo además sacado otros trirremes, así de Chío como de otros lugares, determinaron repartir entre ellos aquellas fuerzas; y que una parte de las tripulaciones fuese á asaltar á Mileto, y las gentes de á pie fuesen por mar á Chío. Para ejecutar esta determinación, Strombiquides, Onomacles y Euctemon, que tenían encargo

(1) La dracma ática valía noventa céntimos de peseta.

(2) Cuarenta y cinco céntimos de pesetas.

de ir con treinta naves y parte de los soldados que habían ido á Mileto, fueron hacia Chío, que les cupo en suerte, y los otros, sus compañeros, que habían quedado en Samos, partieron con sesenta y cuatro buques hacia Mileto. Advertido de esto Astioco, que había ido á Chío para tomar informes de los sospechosos de crimen, cesó de ejecutar lo que se había propuesto; pero sabiendo que Teramenes iba á llegar con gran número de naves y que las condiciones de la alianza se cumplían mal, tomó diez buques peloponenses y otros tantos de los de Chío, y con ellos fué, y de pasada pensó conquistar la ciudad de Ptelea, más no pudo y pasó á Clazomenia.

Allí envió á decir á los que estaban por los Atenienses que le entregasen la ciudad, y que se fuesen á Dafnonte. Lo mismo les mandó Tamos, embajador de Jonia; más no lo quisieron hacer; visto lo cual por Astioco les dió un asalto, y pensó tomar la ciudad fácilmente, porque ninguna muralla tenía, más no pudo, y partió.

A los pocos días de navegación le sorprendió un viento tan grande que dispersó los buques, de manera que él vino á tomar puerto á Focea, y de allí á Cumas, y las otras aportaron á las islas allí cercanas á Clazomenia, á Marathusa, á Pelea, á Drimisa, donde hallaron muchos víveres y abastecimientos que los Clazomenios habían reunido en ellas.

Detuvieronse allí ocho días, en los cuales gastaron una parte de lo que hallaron, y el resto lo cargaron en sus naves y partieron para Focea y Cumas en busca de Astioco.

Estando allí fueron los embajadores de los Lesbios á tratar con Astioco de entregarle aquella isla, á lo cual muy fácilmente otorgó. Pero como viese que los de Corinto y otros confederados no lo querían consentir, á causa del inconveniente que antes les había ocurrido en dicha isla, partió derecho á Chío, donde todos los buques se le rindieron.

Finalmente, otra vez fueron dispersados por las tem-

pestades y el viento los echó á diversos lugares, donde fué á hallarlos Pedarito que había quedado en Eritrea, quien trajo después por tierra á Mileto la gente de á pie que tenía, que eran unos quinientos hombres; los cuales procedían de las tripulaciones de los cinco barcos de Calcideo, que los dejó allí con equipos y armas.

Después que éstos llegaron, volvieron á ir á Astioco algunos Lesbianos, ofreciendo otra vez entregar la ciudad y la isla; lo cual comunicó á Pedarito y á los Chienos, diciéndoles que esto no podía dejar de servir y aprovechar para su empresa; que si la cosa en efecto se realizaba, los Peloponenses tendrían más amigos, y si no, resultaría gran daño para los Atenienses. Mas como viese que no querían consentir, y que el mismo Pedarito se negaba á darle los buques de los de Chío, tomó consigo los cinco trirremes corintios y uno de Megara, además de los suyos que de Laconia había traído, volvió á Mileto, donde tenía el principal cargo, y muy enojado dijo á los de Chío que no esperasen de él ayuda alguna en ninguna ocasión en que pudiera dársela.

Después fué á tomar puerto á Corico, donde se detuvo algunos días.

Entretanto la armada de los Atenienses partió de Samos, fué á Chío y se colocó al pie de un cerro que estaba entre el puerto y ellos, de tal manera que los que estaban en el puerto no lo advirtieron, ni tampoco los Atenienses sabían lo que los otros hacían.

Mientras esto sucedía, Astioco supo por cartas de Pedarito que algunos Eritreos habían sido presos en Samos y después libertados por los Atenienses y enviados á Eritrea para hacer que su ciudad se rebelase. Inmediatamente se hizo á la vela para volver allá, y no faltó mucho para que cayese en manos de los Atenienses. Mas al fin llegó en salvo, y halló á Pedarito que también había ido por la misma causa. Ambos hicieron gran pesquisa sobre aquel caso, y cogieron á muchos que eran tenidos por sospechosos. Pero informados de que en aquel hecho ninguna cosa mala había habido,

sino que se había realizado por el bien de la ciudad, les dieron libertad y se volvieron el uno á Chio y el otro á Mileto.

Durante esto los buques Atenienses que pasaban de Corico á Argos encontraron tres naves largas de los de Chio, y al verlas las siguieron, y comenzaron á darles caza hasta su puerto, á donde con grandísimo trabajo se salvaron á causa de la tormenta que les sobrevino. Tres barcos de los Atenieuses que los siguieron hasta dentro del puerto se anegaron y perecieron con todos los que dentro iban. Los otros buques se retiraron á un puerto que está junto á Mimanta, llamado Feniconte, y de allí fueron á Lesbos, á donde se rehicieron con nuevas fuerzas y aprestos.

En este mismo invierno el lacedemonio Hipócrates, con diez barcos de los Turienos, al mando de Dories, hijo de Diágoras, uno de los tres capitanes de la armada, y con otros dos, uno de Laconia y otro de Siracusa, pasó del Peloponeso á Cnide, cuya ciudad estaba ya rebelada contra Tisafernes.

Cuando los de Mileto supieron la llegada de aquella armada, enviaron la mitad de sus buques para guardar la ciudad de Cnidia, y para custodiar algunas barchas que iban de Egipto cargadas de gente, que mandaba Tisafernes, ordenaron que fuesen los barcos que estaban en la playa de Triopia, que es una roca en el cabo de la región de Cnidia, sobre la cual hay un templo de Apolo.

Sabido esto por los Atenienses, que estaban en Samos, capturaron los buques estacionados en Triopia, que eran seis, aunque las tripulaciones se salvaron en tierra, y de allí fueron á Cnidia. Faltó poco para que los Atenienses la tomasen al llegar, porque ninguna muralla tenía. Pero los de dentro se defendieron, y los lanzaron de allí. No por eso dejaron de acometerles al otro día, aunque no hicieron más efecto que el primero, porque las gentes que en la villa estaban, habían empleado toda la noche en reparar sus fosos, y la de los barcos

que se habían salvado en Triopia, aquella misma noche fueron allí. Viendo los Atenienses que ninguna cosa podían hacer regresaron á Samos.

En este tiempo fué Astioco á Mileto, y halló su armada muy bien aparejada de todo lo necesario, porque los Peloponenses proveían muy bien la paga de la gente de armas; los cuales además ganaron mucho dinero en el saco que en Lasa hicieron. Por otra parte los Milesios estaban preparados á hacer todo lo posible.

Pero porque la última alianza que Calcideo había hecho con Tisafernes, parecía á los Peloponenses poco equitativa y más provechosa á Tisafernes que á ellos, la renovaron y reformaron, conviniéndola Teramenes de la manera siguiente:

«Artículos, conciertos y tratados de amistad entre los Lacedemonios y sus confederados y amigos de una parte, y el rey Darío y sus hijos, y Tisafernes, de la otra.

»Primeramente todas las ciudades, provincias, tierras y señoríos que al presente pertenecen al rey Darío, y que fueron de su padre y de sus predecesores, le quedan libres, de suerte que los Lacedemonios ni sus amigos confederados puedan ir á ellas para hacer guerra ni daño alguno, ni tampoco puedan imponer tributo de ninguna clase.

»Ni el rey Darío ni ninguno de todos sus súbditos podrán igualmente hacer daño, ni pedir ni cobrar tributo en las tierras de los Lacedemonios y sus confederados.

»En lo demás, si algunas de las partes pretende algo de la otra, deberá serle otorgado; de igual modo, la que hubiere recibido algún beneficio, estará obligada á gratificar á la otra, cuando para tal cosa sea requerida.

»Item, que la guerra que han comenzado contra los Atenienses se acabe comunmente por las dichas partes; y que sin voluntad de la una, no la pueda dejar la otra.

»Item, que toda la gente de guerra que se reclute en la tierra del rey por su orden, sea pagada de su dinero. Y que si algunas ciudades confederadas invadieran algunas

de las provincias del rey , las otras se lo prohibirán é impedirán con todo su poder. Por el contrario, si alguno de los vasallos del rey , ó alguno de sus súbditos, fuera á tomar y ocupar alguna de las ciudades confederadas ó su tierra, el rey los estorbará y prohibirá con todo su poder.»

Después de haber tratado todo esto Teramenes, entregó sus barcos á Astioco , se fué y nunca más le vieron.

Encontrándose las cosas en este estado , los Atenienses que habían ido de Lesbos contra Chío , teniéndola sitiada por mar y por tierra , determinaron cercar de muro muy grueso el puerto de Delfinia, que era un lugar muy fuerte por tierra, y tenía un puerto asaz seguro, no estando muy lejos de Chío. Esto aumentó el temor de los de Chío, muy asustados ya por las grandes pérdidas y daños que habían sufrido á causa de la guerra y también porque entre ellos reinaba alguna discordia , y se hallaban muy fatigados y trabajados por otros casos fortuitos que les habían ocurrido, como el de que Pendarito hubiera muerto al jonio Tideo con toda su gente por sospechar que tenía inteligencias con los Atenienses; por razón de lo cual, los ciudadanos que quedaban reducidos á muy pequeño número, no se fiaban unos de otros, y les parecía que ni ellos ni los soldados extranjeros que había traído Pendarito , eran bastantes para acometer á sus enemigos. Determinaron, pues , enviar mensajeros á Astioco, que estaba en Mileto, suplicándole les socorriese; y porque no lo quiso hacer, Pendarito escribió á los Lacedemonios cartas contra él, diciendo que obraba en daño de la república.

De esta suerte tenian los Atenienses cercada la ciudad de Chío , y sus buques, guarecidos en Samos, iban diariamente á acometer á los de sus enemigos en Mileto. Pero viendo que no querían salir del puerto, se volvían.

VII.

Victoria naval de los Peloponenses contra los Atenienses.—Los caudillos de los Peloponenses, después de discutir con Tisafernes algunas cláusulas de su alianza, van á Rodas y la hacen rebelar contra los Atenienses.

En el invierno siguiente, concluidos ya los negocios de Farnabazo por mano de Caligeto de Megara, y de Timágoras de Bizancio, pasaron veintisiete buques del Peloponeso á Jonia, cerca del solsticio (1), al mando del espartano Antistenes. Con él iban doce ciudadanos que los Lacedemonios enviaron á Astioco para asistirle y ayudarle, y darle consejo en los negocios tocantes á la guerra. Entre ellos, el más principal era Licas, hijo de Arcesilao. Tenían orden de dar aviso á los Lacedemonios cuando llegaran á Mileto, y en todas las cosas proveer de tal manera que todo estuviese como convenía en tal negocio. Enviarian (si bien les parecía) los buques que habían llevado, ó mayor número, ó menos, como el negocio lo exigiera, al Helesponto á Farnabazo, al mando de Clearco, hijo de Ramfio, que iba en su compañía.

También tenían facultades, si les parecía que fuese bueno, para quitar la gobernación y mando de la armada á Astioco y dársela á Antistenes, porque tenían sospecha de Astioco por las cartas que Pendarito había escrito contra él.

Partieron, pues, los veintisiete barcos de Melea, y hallaron junto á Melos diez buques Atenienses, de los cuales tomaron tres vacíos, que quemaron; y temiendo que los otros, que escaparon, diesen aviso de su llegada á los Atenienses, que estaban en Samos (como sucedió), se fueron hacia Creta.

(1) Fin de Diciembre.

Después de navegar bastante tiempo, llegaron al puerto de Cauna, que está en tierra de Caria.

Pensando estar en lugar seguro, enviaron á decir á los que estaban en Mileto, que no los fueran á buscar.

Mientras tanto los Chienos y Pendarito no cesaban de hacer instancias á Astioco para que fuese á socorrerlos, pues sabía que estaban cercados, y no debía desamparar la principal ciudad de Jonia, la cual estaba cercada por la parte de mar, y robada por la de tierra.

Decíanle además que en aquella ciudad había mayor número de esclavos que en ninguna otra de Grecia después de Lacedemonia, y por ser tantos, les tenían gran miedo, y eran más ásperamente perseguidos que en otra parte, con lo cual, estando el ejército de los Atenienses junto á la ciudad, y habiendo hecho sus fuertes, trincheras y alojamientos en lugares seguros, muchos de los dichos esclavos huyeron, pasándose á ellos; y como sabían la tierra, hicieron gran daño á los ciudadanos.

Con estas razones demostraban los Chienos á Astioco que les debía socorrer, y en cuanto pudiera, impedir que acabasen el cerco de Delfina, que aun no estaba concluído, porque después que lo estuviese, los barcos de los enemigos tendrían allí más espacioso lugar para guarecerse.

Viendo Astioco las razones que le daban, aunque tenía resuelto no ayudarles como se lo había dicho y afirmado al tiempo que se separó de ellos, determinó socorrerlos. Pero avisado al mismo tiempo de la llegada de los veintisiete barcos y de los doce consejeros á Cauna, le pareció que sería cosa muy conveniente dejar todos los otros negocios para ir á buscar los diez barcos, con los cuales sería dueño de la mar, y traer los consejeros para que en completa seguridad le dijeran sus opiniones. Prescindió, pues, de la navegación proyectada á Chío, y fué derecho á Cauna.

Al pasar cerca de Merópide, hizo saltar su gente en tierra, y saqueó la villa, la cual había sido arruinada por causa de un temblor de tierra, tan grande, que no había

memoria de otro mayor, y que no solamente derribó los muros de la villa, sino también la mayor parte de las casas.

Los ciudadanos, advirtiendo la llegada de los enemigos, huyeron, parte de ellos á las montañas, y otra parte por los campos, de tal manera, que los Peloponenses tomaron todo lo que quisieron de aquella tierra, llevándolo á sus barcos, excepto los hombres libres, que dejaron ir.

Desde allí fué Astioco á Cnidia, en donde al llegar, y cuando ordenaba á su gente saltar á tierra, le avisaron los de la villa que cerca había veinte naves atenienses al mando de Carmino, uno de los capitanes de Atenas, que por entonces estaban en Samos, y á quien habían enviado para espiar el paso de los veintisiete buques que iban del Peloponeso, en busca de los cuales iba también Astioco; y le habían dado los otros capitanes comisión de costear el paso de Sima, de Calcedón, de Rodas y de Licia, porque ya habían sido advertidos los Atenienses que la armada de los Peloponenses estaba en Cauna.

Estando, pues, Astioco avisado de esto, quiso ocultar su viaje y caminó hacia Sima por ver si podría encontrar los dichos veinte buques. Mas sobrevino un tiempo de aguas tan turbio y oscuro, que no los pudo descubrir, ni menos aquella noche guiar, y tener los suyos en orden, de tal manera, que al amanecer, los que estaban á la extrema derecha, se hallaron á la vista de los enemigos, metidos en alta mar; y los que estaban á la izquierda, iban aun navegando alrededor de la Isla.

Cuando los Atenienses los vieron, pensando que fueran los que habían estado en Cauna, y á los cuales iban espiando, los acometieron con menos de veinte naves. Al llegar á ellos, al primer encuentro, echaron á pique tres; y muchos de los otros los pusieron fuera de combate, creyendo que tenían ya la victoria segura.

Mas viendo que había mayor número de buques de los que pensaban, y que iban cercándoles en todas partes comenzaron á huir; en cuya huída perdieron seis de

sus barcos, y los otros se salvaron en la isla Teutlusia. De allí se fueron hacia Halicarnaso. Hecho esto, los Peloponenses volvieron á Cnidia, y después que se unieron á los otros veintisiete barcos que estaban en Cauna, fueron todos juntos á Sima, donde alzaron un trofeo, y después volvieron á Cnidia.

Los Atenienses que estaban en Samia, al saber el combate ocurrido en Sima, fueron con todo su poder hacia esta parte; y viendo que los Peloponenses que estaban en Cnidia no se atrevían á acometerles, ni siquiera á dejarse ver, tomaron todas las barchas y otros aparejos para navegar que hallaron en Sima, y después volvieron á Samos.

En el camino saquearon la villa de Lorima que está en tierra firme.

Los Peloponenses, habiendo juntado en Cnidia toda su armada, hicieron reparar y componer lo que era menester, y entretanto los doce consejeros con Tisafernes fueron á buscarles allí, y hablaron de las cosas pasadas; consultando entre sí si había algo de lo pasado que no fuese bueno; y la manera de continuar la guerra con la mayor ventaja posible para el bien y provecho, así de los Peloponenses como del rey.

Lychas sostuvo que los artículos de la alianza no habían sido convenientemente hechos, pues decía no era justo que todas las tierras que el rey ó sus predecesores habían poseído, volvieran á su poder; porque para ello sería menester que todas las islas, los Locrianos y la tierra de Tesalia y de Beocia quedaran nuevamente en su dominio; y que los Lacedemonios, por el mismo caso, en lugar de poner á los otros Griegos en libertad, los pusieran bajo la servidumbre de los Medos, por lo cual deducía que era necesario hacer nuevos artículos, ó dejar de todo punto su alianza; y que para obtener esto, no era menester que Tisafernes pagase más sueldos.

Al oir Tisafernes esta proposición, quedó muy triste y despechado, y se fué muy enojado y lleno de cólera contra los Peloponenses, los cuales, después de su partida,

siendo llamados por algunos de los principales de Rodas, fueron hacia allá pensando que con aquella ciudad ganarían gran número de gente de guerra y buques, y que mediante su ayuda y la de sus aliados, hallarían cantidad de dinero para sustentar su armada.

Partieron, pues, aquel invierno de Cnidia con noventa y cuatro naves, y arribaron cerca de Camira, que está en la isla de Rodas, por lo cual los de la ciudad y tierra, que no sabían nada de lo que se había tratado, se asustaron, de tal manera, que muchos huyeron, dejando la ciudad por no estar cercada de muros; mas los Lacedemonios enviaron por ellos, y reunieron á todos, como también á los de Cnidia y Elisa, persuadiéndoles para que dejarasen la alianza y amistad de los Atenienses.

Por esta causa la ciudad de Rodas se rebeló, y tomó el partido de los Peloponenses.

Un poco antes habían sido advertidos los Atenienses que estaban en Samos de que esta armada se encontraba ya en camino de Rodas, y partieron todos juntos, esperando socorrerla y conservarla antes de que se rebelase. Mas al llegar á la vista de sus enemigos, conociendo que era ya tarde, se retiraron á Chalce, y de allí á Samos.

Después que los Peloponenses se fueron de Rodas, los Atenienses tuvieron con los Rodios muchas escaramuzas y encuentros, y en su compañía iban los de Samos, de Chalce y de Cos.

Los Peloponenses sacaron á la orilla, en el puerto de la ciudad, sus naves, y estuvieron allí ochenta días sin hacer ningún acto de guerra; durante cuyo tiempo cobraron treinta y dos talentos de los Rodios.